

## BIBLIOGRAFIA

HEIDEGGER: EL EXISTENCIALISMO DE LA ANGUSTIA. Por *Ismael Quiles*, S. I. Espasa Calpe, Buenos Aires, 1948. 112 págs.

“El hecho del movimiento de la filosofía existencial es innegable. Aunque se trate de una *moda* no se puede ignorar su realidad. Tanto más cuanto que estamos, sin duda ninguna, ante el movimiento filosófico de mayor amplitud e intensidad intelectual de nuestro siglo. Ni el bergsonismo, ni el neokantismo, ni la fenomenología, ni la teoría de los valores alcanzaron tanta difusión entre los filósofos y los aficionados a la filosofía, y aun entre la masa del pueblo, como ha alcanzado el existencialismo. Porque el existencialismo ha pasado rápidamente de la filosofía a la literatura, al teatro, a la vida.”

“Este fenómeno social obliga al hombre a detenerse para estudiarlo... y obliga más todavía al filósofo y al cristiano, pues se presenta con ciertas modalidades que vienen a minar en su raíz más profunda los principios no sólo del cristianismo sino de toda religión, y aun de la misma existencia de Dios. Una vez más, pues, se ve el filósofo precisado a realizar una nueva revisión de los fundamentos de la filosofía, y el cristiano a confrontar con la verdad de la religión poseída el mensaje que el existencialismo le presente, invitándolo o incitándolo a una nueva actitud religiosa o irreligiosa... ¿Cuál es, pues, el mensaje del existencialismo? ¿Qué valor tiene examinado a la luz de la filosofía? y en especial de la filosofía cristiana?”

Tales son los motivos —expuestos en el Prólogo de este libro— que han inspirado la publicación de una Colección

de volúmenes pequeños y sencillos, “La Filosofía de nuestro tiempo”, en los cuales se irán exponiendo y analizando las diversas manifestaciones de la filosofía hodierna, especialmente de la existencial, a través de sus principales representantes.

*Heidegger: el existencialismo de la angustia* inicia la serie. Escrita lo más sencillamente posible, para ponerse al alcance de un mayor número de lectores, la obra no pretende, por lo tanto, ser un estudio exhaustivo de la doctrina del filósofo de Friburgo, sino solamente bosquejarla en sus rasgos más característicos, para luego señalar objetivamente sus fallas y también sus hallazgos.

Lo primero lo logra muy cumplidamente en la exposición con que se inicia la obra. Vemos así su punto de partida: el hombre concreto, el yo existente, el *Dasein*; su método: el análisis de lo concreto, la analítica existencial; y luego, en una exposición que se distingue por su sencillez y claridad, los elementos de esta analítica heideggeriana: el “ser en el mundo”, la existencia inauténtica, la existencia auténtica, la angustia, la nada, la muerte, y por último la temporalidad.

La segunda parte, como dijimos, es crítica: señala primero los valores positivos de la obra de Heidegger: su espíritu realista inicial, su valorización del individuo, su reconocimiento de la finitud esencial del hombre, ser limitado y contingente. “Ante la deificación del hombre convertido en Absoluto, el tema de su finitud radical, de su esencial insuficiencia, *puede ser* para la inteligencia, como en la realidad es, la base de una esencial dependencia de lo infinito... Todo esto es un sub-stratum

sobre el que *se puede* edificar una teología cristiana... a condición de que *se completen fielmente* las experiencias''. Por esto, después de señalar los valores positivos que olvida Heidegger —y que sin embargo se hallan en un análisis integral de la existencia humana, pues *no todo* en ella es angustia, pecado, muerte, nada— apunta el autor cómo, siendo total y no parcial este análisis, se puede también, por el camino existencialista, “ir hacia Dios”. Y cita el ejemplo del pensador español Zubiri en su libro “Naturaleza, Historia, Dios”.

“Una analítica *completa* de la existencia humana —dice el P. Quiles— nos revela, es verdad, que el existir humano es angustia, nada, muerte, finitud, temporalidad... Pero *además* de estos elementos, aparece también en la existencia humana una tendencia hacia la vida, y hacia el ser, hacia la eternidad y hacia lo absoluto, pasando por encima del tiempo, de la finitud, y de la nada y de la muerte; y esa tendencia es expresión de una *actual* participación, relación, unión, posesión en alguna manera, respecto de lo infinito y absoluto”. “En realidad —continúa— dentro de la escolástica tradicional existe una interpretación del hombre que viene a ser la síntesis, aunque en fórmulas abstractas y por método conceptual, de estas dos tendencias, que se revelan en el existir humano. Cuando los escolásticos dicen que el hombre es un ser *contingente*, un “ens ab alio”, ponen en él una mezcla de la nada y del ser, una tendencia hacia la nihilidad, y una tendencia hacia Dios; tendencias radicadas en la esencia misma del ser contingente y que constituyen su propia esencia. El ser contingente, aunque de suyo es nada, está sin embargo sostenido *por Otro*; y aunque de suyo tiende a la nada, ha recibido una riqueza

ajena, una participación de Otro, por la cual se sostiene en el ser y tiende hacia el ser y aún hacia la plenitud del ser”.

“El existencialismo —es la conclusión a que arriba esta crítica— para ser fiel a su método y a sus exigencias debe ser ante todo, *integral*. El defecto fundamental de Heidegger es el de *ignorar* elementos esenciales de la estructura de la existencia humana... El análisis integral de la existencia humana comprende las dos corrientes, negativa y positiva. El existencialismo de Heidegger, y sobre todo el de Sartre, es un existencialismo incompleto, y por eso precisamente, porque es incompleto en cuanto expresión de la existencia humana, ignora elementos que son esenciales a la vez a la filosofía humana y a la filosofía cristiana”. Mas en definitiva el juicio que el P. Quiles pronuncia sobre el existencialismo y su método es mucho más optimista que, por ejemplo, los que han formulado De Waeleens y González Alvarez. Cree que el existencialismo “puede prolongarse, o tal vez mejor, *puede y debe superarse* continuando su propio método”.

Por eso, esta obra consta de una tercera parte, titulada “Más allá del existencialismo” en la que, dejado ya Heidegger, esboza el autor un ensayo de cómo puede ser esta superación. Para él la verdadera *ec-sistencia*, el verdadero *éxtasis*, el verdadero “salir fuera de sí” del hombre arrojado en el mundo, no es, como para Heidegger, un salto hacia afuera, sino “un salto hacia dentro” pues si el hombre es un ser lanzado, arrojado en el mundo, esto implica alguien que arroje, y así el *ec-sistir* heideggeriano es sólo un paso previo, que se corona en un *in-sistir* en aquel que es la *sistencia* absoluta y

que hemos de buscar no fuera, sino en la máxima interiorización del ser, puesto que, como dice San Agustín, "Dios es más íntimo al alma que el alma misma". Así, como bien observa el P. Quiles, el éxtasis cristiano es un perderse (salir fuera de sí) para encontrarse mejor a sí mismo (entrar dentro de sí, *in-sistere*) interiorizándose en Dios. "El hombre --nos dice-- es así "ser" en tanto en cuanto *in-siste* en su fundamento... Aparece en este doble análisis de la esencia del hombre un doble elemento esencial: el hombre es *in-sistir*, y por lo tanto necesita de aquello en donde ha de *in-sistir* en último término; lo cual ya no *in-siste*, sino que "*siste*" (está en sí mismo), no ha de estar en otro, la *in-sistencia* del hombre tiene como elemento o estructura necesaria la *Sistencia*. Y ahí termina el análisis de la esencia humana".

Ile aquí, pues, que por el método de la analítica existencial el P. Quiles nos ha llevado a las verdades eternas de la filosofía perenne; al conocimiento del hombre contingente, *ens ab alio*, cuya existencia implica la de Dios, *Ens a se*, del cual depende esencialmente.

Forzosamente, al tratar de resumirla en pocas líneas, esta novísima teoría ha perdido mucho de sus matices y de su fuerza. Pero hemos dicho solamente lo necesario para despertar la atención de los estudiosos. Creemos que, cuando se la estudie y se la medite seriamente, y se estudie asimismo su aplicación a los problemas de la filosofía: al problema del ser en cuanto ser, al problema del conocimiento, al problema de Dios, —aplicaciones que aquí el autor ya señala— nos hallaremos tal vez con que, en estas pocas páginas, estamos frente a un acontecimiento de trascendencia en la historia de la filosofía argentina, y

quizá del pensamiento filosófico universal.

M. M. Bergadá.

"LA NAUSÉE", *Jean Paul Sartre*  
38a. ed. - Gallimard, París, 1943.

"La Nausée", de Jean Paul Sartre, que indudablemente bajo su forma de "journal" de un imaginario Autoine Roquentin tiene mucho de autorretrato, nos da una idea exacta de lo que pueden ser los pensamientos y sentimientos, el enfoque general de sí, de sus semejantes y del mundo que lo rodea —la "weltanschaaung", en una palabra— de un *ateo teórico y práctico*, desprovisto por añadidura de cualquier clase de moral, pues es lo suficientemente perspicaz como para comprender qué valor pueden tener, sin Dios, esas morales basadas en el sentido del deber, o en un amor a la humanidad u otro motivo semejante. Sin una finalidad trascendente ¿qué sentido pueden tener todas estas cosas? Obvio es decir, por lo tanto, que las nociones de bien y de mal se hallan radicalmente ausentes de ésta como de las demás obras de Sartre.

Más dejando de lado el aspecto que llamaríamos cínico, concretémosnos a la parte filosófica. Veamos algunos párrafos, entre los más característicos:

"Lo esencial es la contingencia. Quiero decir que, por definición, la existencia no es la necesidad. Existir, es *estar ahí*, simplemente; los existentes aparecen, se dejan encontrar, pero jamás se puede *deducirlos*. Hay, según creo, quienes han comprendido esto. Sólo que han tratado de superar esta contingencia inventando un ser necesario y causa de sí. Pero ningún ser necesario puede explicar la existencia: la contingencia no es un falso aspecto, una apariencia que se pueda disipar; es